

LA ESCRITURA DE LAS INSCRIPCIONES CRISTIANAS DE MÉRTOLA

WRITING OF CHRISTIAN INSCRIPTIONS FROM MERTOLA

JAVIER DE SANTIAGO FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El presente artículo es la continuación del publicado en el número anterior de esta revista. En él se realiza un minucioso análisis de la escritura de las inscripciones procedentes de Mértola en el período de dominio visigodo en la Península. Se contempla la escritura como algo directamente ligado a la finalidad del objeto escrito. Asimismo se incide en la unidad entre los epígrafes y el resto de documentos escritos en época coetánea. Por último se hace una revisión de la evolución de la forma de las diferentes letras, lo cual resulta de notable importancia de cara a la datación de inscripciones sin fecha explícita o que la han perdido.

Palabras clave: Epigrafía, Mértola, escritura, evolución cronológica, inscripciones cristianas.

Abstract: The present article continues the published one in the previous number of this review. It is realized a meticulous analysis of the writing of Mertola's inscriptions in the period of visigothic authority in the Iberian Peninsula. The writing is analyzed in connection with the purpose of the written object. Likewise the article insists upon unit among the epigraphs and the rest of written documents in contemporary epoch. Finally we have done a review of evolution of form of different letters, which it is very important in order to date inscriptions without explicit date or that have lost it.

Keywords: Epigraphy, Mertola, writing, chronological evolution, christian inscriptions.

En el anterior número de *Documenta & Instrumenta* realicé un estudio acerca de los elementos externos, materiales y formales, de las inscripciones cristianas de Mértola¹. Materia y forma son dos de los elementos externos existentes en todo epígrafe. Resta el tercero, y quizá el más importante, la escritura, esencia

¹ J. DE SANTIAGO FERNÁNDEZ, "Materia y elementos iconográficos en las inscripciones cristianas de Mértola", *Documenta & Instrumenta*, 2 (2004), pp. 193-226.

misma del epígrafe. Es la escritura la que confiere sentido a la inscripción y la que le da razón de ser. Las inscripciones de época visigoda han sido objeto de diversos estudios desde el punto de vista gráfico que han mejorado sustancialmente el conocimiento que tenemos de la escritura en aquellos siglos. Se trata de investigaciones en buena medida protagonizadas por los dos grandes maestros de la Epigrafía y la Paleografía del siglo XX, Joaquín María de Navascués y Jean Mallon, respectivamente². Gracias a ellos y al trabajo de otros importantes autores³ se puede decir que conocemos básicamente las características generales de la escritura de época visigoda, magistralmente sintetizadas por el profesor Ruiz Asencio⁴.

Como es lógico, las inscripciones de Mértola se ubican y encuadran en ese contexto general, en el que no pretendo entrar en profundidad. No ofrecen nada que se salga de lo común, salvo la lógica individualidad propia del taller mirtilense. Predomina en ellas, como es habitual en este tipo de escritos, el uso de la vieja escritura romana heredada de tiempos imperiales. Poco aportan las inscripciones visigodas en lo referente a la escritura, salvo la continuación de lo romano, con la lógica adaptación al paso del tiempo, a los cambios de la sociedad y a los diferentes estilos de producción artística existentes en el período romano y en el visigodo posterior. Bien es cierto que esa escritura monumental comienza a entremezclarse con algunas formas tomadas de la nueva escritura romana, fundamentalmente por la influencia de otros tipos documentales más afines a la cursiva, cuyos mejores ejemplos para el período visigodo lo ofrecen las pizarras⁵. Es un momento de la historia de la escritura en el que aún no se ha configurado la llamada visigótica,

² Sus principales obras al respecto son las siguientes. De J. MALLON destacan, “L’*építaphe de Rogata*”, *Emerita*, 15 (1947), pp. 87-122; “Por una nouvelle critique des chiffres dans les inscriptions gravées sur pierre”, *Emerita*, 16 (1948), pp. 14-45; *Paléographie Romaine*, Madrid, 1952. De J.M^a DE NAVASCUÉS, “La fecha del epígrafe emeritense de la mártir Eulalia (H.334 V.348)”, *Ampurias*, XI (1949), pp. 151-172; “De epigrafía cristiana extremeña: novedades y rectificaciones”, *Archivo Español de Arqueología*, 20 (1947), pp. 265-309; “La dedicación de la iglesia de Santa María y de todas las vírgenes de Mérida”, *Archivo Español de Arqueología*, 21 (1948), pp. 309-359; *La era... "As"*, Madrid, 1951; *La dedicación de San Juan de Baños*, Palencia, 1961.

³ L. SCHIAPARELLI, “Note paleografiche intorno all’origine della scrittura visigotica”, *Archivio Storico Italiano*, 7^a serie, 12 (1929), pp. 165-207. R.P. ROBINSON, *Manuscripts 27 (S.29) and 107 (s.129) of the Municipal Library of Autun. A study of Spanish Halfuncial and early Visigothic minuscule and cursive scripts*, Nueva York, 1939. M. LÓPEZ SERRANO, “La escritura y el libro en España bajo la dominación del pueblo visigodo” en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España*, vol. III, *La España visigoda*, Madrid, 1940, pp. 357-378. A.M. MUNDÓ MARCET, “Notas para la historia de la escritura visigótica en su período primitivo”, *Bivium. Homenaje a Manuel Cecilio Díaz y Díaz*, Madrid, 1983, pp. 176-196. C.C. MARTÍNEZ, “Los orígenes de la escritura visigótica: ¿otras posibilidades para su estudio?”, en *Actas del VIII Coloquio del Comité Internacional de Paleografía Latina*, Madrid, 1990, pp. 29-38. I. VELÁZQUEZ SORIANO, *Documentos de época visigoda escritos en pizarra (siglos VI-VIII)*, Turnhout, 2000.

⁴ J.M. RUIZ ASENCIO, “La escritura y el libro” en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. III, *España visigoda. La Monarquía, la cultura, las artes*, Madrid, 1991, pp. 163-205.

⁵ I. VELÁZQUEZ SORIANO, *op. cit.*

pero la antigua romana ya ofrece claros signos de evolución. De ahí el acierto de Mundó cuando definió a este período como el de los orígenes y formación de la futura visigótica⁶.

La influencia cada vez más evidente de la cursiva en la escritura de los epígrafes es especialmente perceptible en la D uncial utilizada en el numeral de la data, seguramente con la intención de distinguir la letra numeral del signo alfabético. También se observa en algunas otras ocasiones, probablemente por “despiste” del *ordinator*, falta de atención que, en determinados casos, le lleva a deslizar letras de la escritura común en la que estaría acostumbrado a escribir, o que copiaba directamente de la minuta previa, en la *ordinatio* y en la posterior incisión. Lo encontramos, por ejemplo, en el epígrafe de Mannaria, que presenta una E minúscula en la palabra ERA; igualmente en la inscripción de Pierius (Ver fig. 1), en la que se aprecian una E uncial y una R minúscula, también en la palabra ERA; por último, en un epitafio fragmentado se utiliza en diversas ocasiones la S minúscula. Esta presencia de letras correspondientes a la nueva escritura latina en la producción epigráfica es un dato que ratifica la idea de la profunda relación entre los epígrafes y otros tipos documentales de producción escrita, relación acreditada en numerosos trabajos, según antes mencioné. Además, dado que las citadas inscripciones se datan en el 494, en el 507 y en el 524, se ratifica la opinión de Fernández Flórez en el sentido de la necesidad de revisar o, al menos, matizar la teoría de Mallón, según la cual es en el siglo VII cuando comienzan a emplearse letras aisladas tomadas del alfabeto de la nueva romana que denominamos uncial, entre las cuales cita la *a*, la *e*, la *g*, y la *m*⁷, si bien es preciso reconocer que en este caso se trata de un episodio aislado de letras individuales, que no parece reflejar una tendencia y que probablemente deba ser atribuido a una falta de atención del *ordinator*.

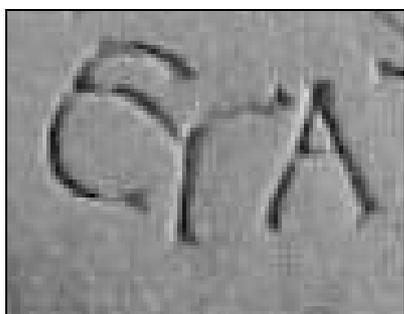


Fig. 1: Palabra ERA en el epitafio de Pierius.

⁶ A.M. MUNDÓ MARCET, art. cit, p. 176

⁷ J.A. FERNÁNDEZ FLÓREZ, *La elaboración de los documentos en los reinos hispánicos occidentales (ss. VI-XIII)*, Burgos, 2002, p. 49.

En general, como en el resto de inscripciones de época visigoda, es característica la pérdida del geometrismo propio del mundo romano. La impresionante regularidad, simetría y equilibrio de la escritura de la mejor época de las inscripciones romanas fue poco a poco, ya desde el siglo III, dejando paso a una escritura más suelta y menos sujeta a normas rígidas. En los siglos de dominio visigodo en la Península ya es una constante la irregularidad en el trazado de la escritura y en la concepción general de los epígrafes desde el punto de vista externo, siguiendo, por otra parte, las pautas marcadas por la evolución epigráfica del resto de territorios del Occidente romano⁸. Es una escritura que surge mucho más espontánea de la mano del que escribe y precisamente esa naturalidad acrecienta el interés gráfico de las formas, sujetas a una evolución que permite ofrecer unas secuencias en el trazado de las letras y obtener conclusiones de sumo interés. Pese a esa naturalidad, los epitafios de Mértola mantienen una de las características ornamentales más frecuentes en los epígrafes de época visigoda, los ensanchamientos triangulares que rematan las letras, continuando uno de los rasgos defintorios del período clásico, si bien haciendo más evidente tal cualidad.

No se debe confundir espontaneidad y naturalidad con descuido, falta de habilidad o inexistencia de preparación. Las inscripciones, o al menos gran parte de ellas, estuvieron realizadas de acuerdo a las etapas que, en lo esencial, definió Mallón⁹ y completó Susini¹⁰, por tanto sujetas a una *ordinatio*, a una preparación previa de la que ha quedado constancia en un alto número de inscripciones de Mértola a través de los restos de líneas guía que aún se aprecian en muchas de ellas. Aquí parece que el trabajo fue bastante uniforme, lo que avala la importancia y el buen hacer del taller epigráfico objeto de nuestro estudio. En primer lugar el *ordinator* trazaba una especie de recuadro, seguramente con un punzón o punta seca que arañaba superficialmente la piedra; eso servía de marco a la inscripción. Luego se trazaban las líneas del pautado utilizadas como guía de los renglones. Dicha preparación afectó también a los elementos decorativos que estudié en la primera parte de este trabajo¹¹, pues en diversas ocasiones, especialmente en algunas columnas, aún se aprecian restos de líneas ligerísimamente incisas en su eje central, en su base y en su cabecera (Ver figura 2).

⁸ Esto no es óbice para que se haya podido constatar en el siglo VII d.C. ciertos testimonios que parecen pretender un retorno a la perfección, armonía y geometrismo de la producción epigráfica del período clásico.

⁹ J. MALLÓN, *Paléographie Romaine*, pp. 57-60. También “Scriptoria épigraphiques”, *Scriptorium*, XI (1957), pp. 177-194.

¹⁰ G. SUSINI, *Il lapicida romano. Introduzione all'epigrafia latina*, Roma, 1968, pp. 17-31

¹¹ J. DE SANTIAGO FERNÁNDEZ, “Materia y elementos iconográficos en las inscripciones cristianas de Mértola”, *Documenta & Instrumenta*, 2 (2004), pp. 193-226.



Fig. 2. Epitafio de Possidonius

Mención especial merece el epitafio de Silbanus (fig. 3). Ya planteé en la primera parte de este trabajo que este epitafio seguramente debía corresponder a alguien de inferior extracción social y menores posibilidades económicas que las del resto de autores morales de la serie epigráfica mirtilense. Me apoyé para ello en la forma externa del soporte, en sus dimensiones, en su técnica escritoria a base de golpes de puntero y no mediante la incisión de los trazos y en el descuido de su escritura. Basta una breve revisión a los caracteres escritos para constatar que la *ordinatio* de este epígrafe corresponde a alguien muy poco avezado en el trabajo epigráfico, de ahí la gran dificultad para imitar los signos comúnmente presentes en la escritura epigráfica. Es algo que se corresponde con un trabajo barato, seguramente realizado por un no profesional, lo cual cuadra perfectamente con el resto de elementos externos de la inscripción.

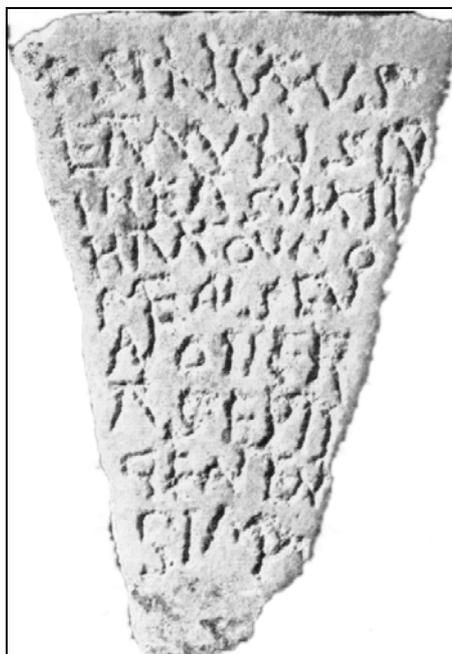


Fig. 3. Epitafio de Silbanus

La evolución general de la forma del trazado de las letras otorga importantes datos desde el punto de vista cronológico (Ver láminas 1 a 5).

A: Una de las letras significativas desde el punto de vista cronológico es la A. Después del estudio de las inscripciones, la conclusión que se puede extraer es que la forma clásica, con el trazo transversal recto, convive con otra que se encuentra desde los ejemplares más antiguos¹², la que tiene dicho trazo en forma de ángulo con el vértice hacia abajo. Es una forma de ejecutar la A que se mantiene en las inscripciones mirtilenses, al menos hasta finales del siglo VI, si bien en estos últimos años de la centuria el ángulo del vértice llega hasta la parte inferior de la caja del renglón, a diferencia de lo que sucedía en las anteriores, donde queda más centrado en el cuerpo de la letra. Para los siglos VII y VIII apenas tenemos datos por la escasez de inscripciones, pero, dados los ofrecidos por Navascués¹³ para la vecina Mérida, podemos pensar que este tipo de A empieza a desaparecer desde principios del siglo VII. La inclinación hacia uno u otro lado, la presencia de un trazo en la parte superior de la letra, sobre el ángulo de unión entre los dos

¹² No en vano es una forma ya conocida en el mundo romano, en una fecha tan antigua como es el siglo III a.C. Se ha observado en inscripciones como un cipo votivo a Apolo y Minerva, datado en el siglo III a.C., procedente de la zona de Tarento (A. DEGRASSI, *Inscriptiones Latinae Liberae Rei Publicae. Imagines*, Berlín, 1965, núm. 29). Asimismo en monedas correspondientes a finales del siglo III a.C., en concreto en didracmas anónimas, acuñadas en Roma y datadas entre el 225 y el 212 a.C. (M.H. CRAWFORD, *Roman Republican Coinage*, Londres, 1974, núm. 28/3).

¹³ J.M^a DE NAVASCUÉS, *El concepto de la Epigrafía*, Madrid, 1953, pp. 38-41.

trazos exteriores o bien uniendo éstos no parecen otra cosa que el resultado de la espontaneidad de ejecución y de las diferentes manos que escriben, sin reflejar ninguna pauta cronológica, pues tales variantes aparecen mezcladas de manera indistinta, incluso a veces en una misma inscripción. De hecho, en ocasiones, la aparente presencia de un trazo en la parte superior de la letra uniendo los dos externos no es más que el resultado de la confluencia o prolongación de los remates de dichos trazos que se superponen y dan la impresión de conformar un trazo horizontal al realizar la incisión definitiva, ratificando la idea de la espontaneidad en el trazado de la escritura. Quizá en esa naturalidad esté el origen de una forma posterior de la A con un trazo superior superpuesto¹⁴ (Ver fig. 4). Pese a lo acertado de tal explicación es de constatar la existencia de una A similar en el período clásico en una inscripción procedente de Ampurias, cuya ejecución dista mucho de ser espontánea¹⁵.

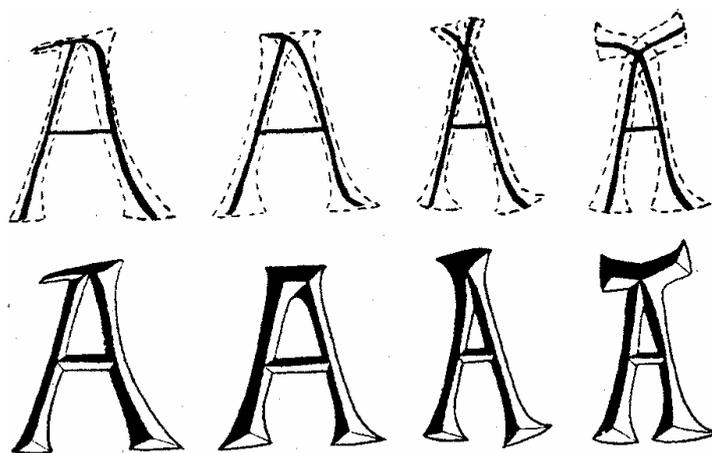


Fig. 4. Ejecución de la A (tomado de NAVASCUÉS, “La fecha del epígrafe emeritense de la mártir Eulalia”)

La gran diferencia en Mértola, en relación con estas variantes, con respecto a lo que Navascués observó para Mérida es que la forma clásica convive de manera natural con la de travesaño angular durante todo el período; sin embargo en la capital de la Lusitania, la de travesaño recto no se encuentra de manera abundante hasta los años finales del siglo VI.

Es de destacar una tercera forma que carece de travesaño, ya sea recto o angular. Su uso quizá sea debido a la espontaneidad típica de las inscripciones de este período. Aparece de manera esporádica en el siglo VI, con su primer ejemplo

¹⁴ Esto es magníficamente explicado en J. M^a DE NAVASCUÉS, “La fecha del epígrafe emeritense de la mártir Eulalia”, pp. 158-159. Es algo válido también para las letras M, N y V.

¹⁵ A. DEGRASSI, *op. cit.*, núm. 234.

en el 525. Se encuentra en las dos inscripciones datadas de manera segura en el siglo VII, pero los datos son demasiado escasos como para afirmar que ello no sea debido a la casualidad. De hecho, Navascués tampoco pudo encontrar ninguna tendencia cronológica en este tipo de A.

B: se presenta en dos formas esenciales. Una de ellas, constatada a principios del siglo VI, vuelve a ser testimoniada en los años finales de dicha centuria y en una de las inscripciones del VII; es realizada con la unión de los dos bucles separada del trazo vertical. En la mayor parte de las ocasiones es ejecutada con cuatro trazos, con el bucle inferior de base recta, al modo como también lo hará la D. Es una característica apreciada ya desde las inscripciones más antiguas. Esa descomposición del trazo curvo en dos se observa en ocasiones también en el bucle superior, lo cual es claramente perceptible en inscripciones de la segunda mitad del siglo VI y en una del VII, aunque probablemente no tenga un significado cronológico claro, pues ya se observa en la inscripción de Orania, de los primeros años del VI.

C: parte del modelo clásico, con las variantes de ejecución propias de la espontaneidad de su trazado. En algunas se percibe la tendencia, ya indicada para el caso de la B, de realizar la parte inferior de la letra con un trazo recto. Es algo que queda simplemente insinuado en una inscripción del 507, que se observa con mayor claridad en el 526, en el 566 y en las inscripciones más tardías de la serie, a partir del 571. Algo similar sucede con la parte superior de la letra, con tendencia a ser recta en el 525, en el 537, en algunos casos en la segunda mitad del siglo VI, así como en el ejemplar correspondiente al VIII.

D: es una de las letras más características de las inscripciones visigodas. Su evolución en este taller se adecua a las pautas que ya señaló Navascués para el de Mérida¹⁶. El modelo inicial es el de la capital clásica de época romana, aunque en la inscripción del 482 ya deja sentir su trazado en tres tiempos. Es una característica que se irá afianzando y es claramente perceptible desde principios del siglo VI, presentando en algunas ocasiones aspecto de delta griega, especialmente en los epitafios posteriores al primer tercio del siglo VI, en lo que es una influencia de la cursiva¹⁷; de manera clara la encontramos en Mértola ya en el 503. De cualquier modo, la forma clásica, aunque menos abundante no llegará a desaparecer del todo, con ejemplos cada vez menos frecuentes conforme avance el siglo VI. En todos los casos la letra utilizada en la data para indicar el año es de carácter uncial, como es habitual en las inscripciones de la época, con la clara

¹⁶ J.M^a DE NAVASCUÉS, *El concepto de la Epigrafía*, pp. 41-43.

¹⁷ J. MALLON, "Notes paleographiques à propos de CIL II 5411", *Emerita*, 13 (1945), pp. 240 y 250. J.M^a DE NAVASCUÉS, "De epigrafía cristiana extremeña, p. 279.

uncial, como es habitual en las inscripciones de la época, con la clara intención de diferenciar numeral de letra.

E: tiene diversas formas de ejecución, pero creo que no hay nada en ellas que nos ofrezca una evolución cronológica clara. Se trata simplemente de variantes resultado de la espontaneidad y libertad en el trazado, que explica la presencia en dos ocasiones, en el 494 y en el 507, de letras no habituales en los epitafios, como son la minúscula cursiva y la uncial. Una E con el trazo vertical sobresaliendo por encima y por debajo se da en pocos ejemplos, sólo en uno del 524 y en otro del 537.

F: es una de las letras más características de la escritura de las inscripciones visigodas. Su primer modelo es el clásico, de tres trazos, pero inmediatamente se empieza a utilizar una con cuatro, uno de ellos en la parte inferior, haciendo que en algunas ocasiones aparente una E, en lo que tiene una clara procedencia de la antigua cursiva romana¹⁸. La encontramos con esta forma ya en el 507 y se mantiene hasta el final del período, a diferencia de Mérida, donde no se constata desde el 588¹⁹. Es además un tipo de letra que denota claramente la influencia cursiva por el escape hacia arriba del trazo superior, que en muchas ocasiones es curvo. La F clásica no llega a desaparecer del todo y vuelve a ser encontrada ocasionalmente en diversos momentos puntuales del siglo VI, sin ninguna continuidad y sin desplazar al tipo anterior. Únicamente entre el 537 y el 556 parece adquirir cierta regularidad, siendo además éstos los únicos casos en los que retoma la forma clásica, pues en el resto refleja la tendencia cursiva con el escape hacia arriba del trazo superior.

G: ofrece pocos ejemplos. Sólo al principio, en una inscripción del 512, muestra similitud con la forma clásica. En las posteriores la influencia cursiva es evidente. En el 546 y 571 está realizada con un último trazo, ondulado en un caso y recto en otro, inclinado, que parte del interior de la letra. El tercer modelo es una G en espiral y ancha, que se encuentra en una inscripción del 587; este tipo de letra se hará muy común en los epígrafes hispanos del siglo VII²⁰. Por último, en el 662, su característica principal es un trazo ondulado en el final de la panza de la letra, con la que forma ángulo. Es bastante parecida a la g uncial, con el ojo abierto; se da en la inscripción de Silbanus, inscripción peculiar por la cursividad de su escritura, seguramente correspondiente a un enterramiento de una persona de baja extracción social²¹, como antes mencioné. Las formas descritas pudieran indicar

¹⁸ J. M^a DE NAVASCUÉS, *El concepto de la Epigrafía*, p. 42.

¹⁹ J. M^a DE NAVASCUÉS, *El concepto de la Epigrafía*, p. 42.

²⁰ J. M^a DE NAVASCUÉS, *La dedicación de San Juan de Baños*, p. 27.

²¹ J. DE SANTIAGO FERNÁNDEZ, art. cit, p. 211.

una evolución cronológica en la forma de ejecutar esta letra, pero la escasez de testimonios en los que aparece no permite extraer conclusiones claras y mucho menos definitivas al respecto.

H: tiene su forma clásica en todas las inscripciones. En los casos más tardíos parece reflejar una mayor influencia de la escritura cursiva en el incurvamiento de alguno de sus trazos.

I: en todas las ocasiones mantiene la forma heredada del Mundo Clásico, aunque en una inscripción del 489 tiene un pequeño ápice curvado en el remate de la parte superior. En dos ocasiones se emplea la Y, en el 537 y en el 566, para un nombre propio con valor fonético de I.

K: es bastante similar a la propia del Mundo Clásico. La única particularidad son sus dos trazos oblicuos, considerablemente más cortos a como aparecen en los epígrafes de época clásica, lo cual parece ser típico de las inscripciones del siglo VI²². En una ocasión, en el 587, dichos trazos se prolongan a la manera clásica. También en un caso, datado en el 526, tales trazos no se unen al vertical.

L: parte de los modelos clásicos, pero pronto va a cursivizar su aspecto, con el segundo trazo en diagonal hacia la parte inferior del renglón, forma que ya está en el primer ejemplo en el que aparece, correspondiente al 494. A partir de este momento es su forma predominante, en ocasiones con el segundo trazo recto y en otras curvo, aunque hay que reseñar que la L de forma clásica también tiene presencia en determinados momentos, si bien ciertamente escasos. La L utilizada en la data a veces está ejecutada con un único trazo curvo, de evidente influencia cursiva, aunque no es lo predominante. En dos ocasiones el numeral se distingue por ser el primer trazo curvo; sucede en el 510 y en el 571, lo cual no ofrece ninguna pauta cronológica.

M: en los ejemplares más antiguos, salvo en una inscripción del 494, se caracteriza por la unión de los dos trazos centrales en la línea del renglón. En la mayor parte de los casos los cuatro tramos de la letra están inclinados. Se encuentra esta característica en las dos primeras décadas del siglo VI, con una única excepción en el 512. En el 521 los dos trazos centrales se hacen más cortos y su punto de unión se sitúa aproximadamente hacia el centro del cuerpo de la letra, característica que se mantiene hasta el 544, con dos únicas excepciones en el 525 y en el 529. A partir del 544 se combinan de forma indistinta ambos tipos. En el 587 se encuentra un tercer modelo, con los dos trazos externos en vertical y paralelos y el vértice de unión de los dos internos situado aproximadamente en el centro de la letra, tipo que se mantiene más o menos igual en la inscripción del 706.

²² J.M^a DE NAVASCUÉS, “La dedicación de la iglesia de Santa María y de todas las Vírgenes de Mérida”, p. 328.

Es una forma de la M que recupera el modelo más clásico, ya presente en el 494 y que antes había ofrecido ejemplos esporádicos en el 518, aunque en este caso los dos trazos internos se prolongan hasta la línea del renglón, seguramente por influencia del modelo imperante en esos años, en el 537 y en el 556.

N: mantiene la presencia del modelo clásico de modo único hasta el 510. En el 512 se modifica parcialmente, por cuanto el trazo central en lugar de rematar en la parte inferior del tercero lo hace hacia el centro de su cuerpo. Es una primera variante que afecta a ese trazo central y que a partir de dicho momento conocerá diversos modelos que varían su lugar de encuentro con los exteriores y por tanto también su inclinación. Es el inicio de lo que en el período posterior a la invasión árabe acabará por producir una N en forma de H. A partir del 512 se dará una convivencia con la N clásica, a la que desplaza desde el 525 y hasta mediados del siglo; desde entonces y durante la segunda mitad del siglo la de ejecución clásica recupera su antiguo vigor, que ya no pierde hasta el final del período. La N es una letra que ofrece diversas variantes, pero muchas de ellas son debidas, una vez más, a la espontaneidad y libertad de los *ordinatores* a la hora de ejecutar la escritura.

O: no presenta grandes variaciones, aunque la naturalidad antes citada produce diversos tipos de ejecución. Se aprecian ocasiones en las que el resultado final de la letra denota su realización en dos, en tres e incluso en cuatro tiempos, anticipando lo que será la famosa O romboidal de la escritura visigótica; ejemplos al respecto ofrecen los epitafios de Hilarinus y Silbanus, del 566 y 662 respectivamente.

P: ofrece pocos datos cronológicos acerca de su evolución. Empieza siendo similar a la de época clásica, con el ojo cerrado. A partir del 507 ofrece ejemplos con el trazo del ojo sin llegar a unirse con el vertical. Desde ese momento aparece una u otra de manera indistinta. La forma de ese ojo será bastante variable, apuntado hacia arriba o hacia abajo y en algunos casos denotando una ejecución en dos tiempos.

Q: tampoco presenta particularidades notables. Tiene una clara tendencia a una forma bastante redonda a lo largo de todo el período, con excepción de un caso, en el 510, que ofrece una evidente ejecución en dos tiempos, con el apéndice formado a partir de la prolongación de uno de los dos trazos. Sus características son bastante similares a las de la O y, como aquella, en algún ejemplo, refleja una ejecución en tres o cuatro tiempos. El apéndice característico tiene tres modelos; uno en el que sale del trazo principal de la letra, otro en el que prolonga éste y un tercero en el que lo sobrepasa y se extiende hacia su interior; los tres están entremezclados sin ofrecer una secuencia cronológica.

R: no presenta ninguna ejecución especial que permita diferenciaciones cronológicas. Sus variantes son, una vez más, resultado del trazado natural y espontáneo tan típico de los *ordinatores* de época visigoda. Las variantes estriban en la forma de realizar los trazos segundo y tercero y en la manera en que éstos se unen. El primer tipo se caracteriza por la unión en ángulo de dichos trazos sin quedar unidos al primero. Un segundo presenta el caído saliendo del cuerpo de la curva que queda unido al trazo vertical. En el tercer tipo es el caído el que se une al primer tramo de la letra, mientras que el curvo cae sobre el cuerpo de dicho caído. Son las formas más frecuentes de la letra R, aunque pueden constatarse algunas otras variantes. Es de reseñar que en ciertas ocasiones puede apreciarse como la curva se ejecuta en dos golpes o con dos trazos. En un epitafio del 507, el de Pierius, se empleó una R similar a la minúscula cursiva, reflejando, de nuevo, la influencia de esta escritura sobre la monumental de las inscripciones.

S: no presenta ninguna particularidad digna de mención. Al igual que en otras letras que tienen trazos curvos, en algunas ocasiones puede observarse la descomposición de éstos en varios tiempos de ejecución. En el epitafio fragmentado del 524 se usa la letra minúscula. Asimismo es de reseñar la inscripción de Tyberius (566), en el que la S está invertida, con un *ductus* realizado al contrario del habitual. Es una ejecución muy curiosa, que ha sido observada también en una inscripción de Mérida, datada a finales del siglo VI o principios del VII²³, y en una pizarra atribuida al siglo VII²⁴.

T: es prácticamente igual a la de época clásica.

V: como en el caso anterior es muy similar al del período clásico. Algunas cuentan con un pequeño trazo horizontal en la unión de los dos principales; en ciertas ocasiones estos dos no se unen en ángulo, sino mediante un pequeño trazo recto. Son características similares a las reseñadas para el caso de la A que se presentan esporádicamente a partir del 510 y que probablemente, al menos en los primeros momentos, no tengan intencionalidad alguna por ser resultado de la espontaneidad en el trazado y la posterior superposición de los trazos al ser tallados en la piedra.

X: de nuevo es una letra que enlaza con la tradición clásica, con las modificaciones lógicas que imponen la falta de normas y la libertad en su ejecución. Es preciso, sin embargo, referirse a cuatro epitafios, datados en el 503, en el 518, en el 524 y el último en el 537. Su especificidad viene dada por tener un *ductus* de tres trazos en lugar de los dos habituales; el trazo que desciende de izquierda a

²³ J.L. RAMÍREZ SÁDABA y P. MATEOS CRUZ, *Catálogo de las inscripciones cristianas de Mérida*, Mérida, 2000, núm. 67.

²⁴ I. VELÁZQUEZ SORIANO, *op. cit.*, núm. 33.

derecha está descompuesto en dos, unidos en puntos diferentes con el otro trazo diagonal.

Además del estudio individual de las letras son de sumo interés los enlaces y las letras encajadas (láms. VI a IX). El empleo de letras enlazadas es una característica de este taller epigráfico prácticamente desde el comienzo del período, pues hay casos ya en el 494 y se mantienen hasta el final. La impresión que ofrece su examen y cuantificación es que se trata de un recurso empleado en cada momento concreto por el *ordinator* sin obedecer a regla ni moda alguna, simplemente a las necesidades dictadas por la escritura y el soporte, teniendo siempre en cuenta la naturalidad en la ejecución de estas inscripciones. El único enlace que parece repetirse de manera metódica es el que une la X y la L, que se da a partir del 503, fecha anterior a la registrada en Mérida, donde se encuentra desde el 552²⁵. Lo vemos a partir del momento citado en todas las ocasiones en las que dichas letras aparecen juntas para formar un numeral. Es interesante también reseñar la presencia del mal llamado *episemon*, el enlace VI, en el epitafio de Exuperius del 528. Es un signo gráfico, procedente del tratamiento cursivo de la capital clásica, suficientemente estudiado, por lo que no me detengo en él²⁶.

Sí parecen más significativas algunas de las letras encajadas, especialmente el caso de la I en el interior de la V. Se repite en un alto número de ocasiones, desde el 494 al menos hasta el 587, aunque quizá pudo ir más allá. Se presenta de forma indistinta en las palabras VIXIT o REQVIEVIT. Parece ser una técnica regularmente empleada por los *ordinatores* mirtilenses, pues en Mérida, aunque es utilizado en alguna inscripción, lo es mucho menos que en Mértola. Similar es el caso de la unión RA, fundamentalmente en la palabra ERA, donde la vocal es trazada en la parte inferior de la consonante, cuya parte inferior forma los dos trazos diagonales de la A (fig. 5). Parece extenderse a lo largo de todo el período²⁷ y no ha sido testimoniado en Mérida, lo cual otorgaría cierta singularidad al taller mirtilense.



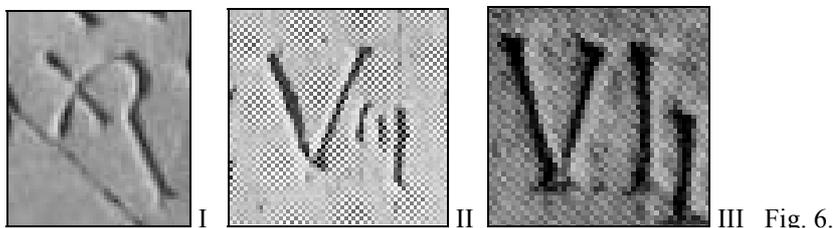
Fig. 5

²⁵ J.Mª DE NAVASCUÉS, *El concepto de la Epigrafía*, p. 47.

²⁶ Cf. fundamentalmente J. MALLON, "Por une nouvelle critique des chiffres dans les inscriptions gravées sur pierre", *Emerita*, 16 (1948-49), pp. 14-45 y J.Mª DE NAVASCUÉS, *La Era* « ...As ».

²⁷ En inscripciones datadas en 494, 503/508, 514, 527, 544, 587 y 706. La ausencia en el siglo VII no debe considerarse como significativa, debido a la escasez de ejemplares existentes en ese período.

En cuanto a los numerales no existen novedades significativas respecto a lo conocido, con la tendencia a emplear formas derivadas de la cursiva, con la intención de distinguir la función numeral. Ya estableció Mallon la existencia de un sistema numeral en las inscripciones que se diferenciaba no sólo de las formas monumentales utilizadas en los mismos epígrafes, sino incluso de la escritura común contemporánea, consecuencia de su procedencia de la vieja cursiva romana²⁸. Ya he comentado lo referente al enlace VI en la forma del llamado *episemon*. Es de destacar el uso generalizado en estas inscripciones de la D uncial para indicar el numeral 500 en todas las inscripciones, desde la más temprana. Es también reseñable el enlace XL (fig. 6-I), con valor 40, tan característico de las inscripciones visigodas y que en éstas que aquí se estudian aparece en todas las ocasiones en las que se ha constatado el citado numeral. Es, asimismo, relativamente habitual la reducción de tamaño de algunos numerales, especialmente el signo I, aunque no es el único caso, cuando se indica el día del mes, sin duda con la intención de distinguirlo de los signos alfabéticos (fig. 6-II). Objetivo idéntico tuvieron los *ordinatores* que en las inscripciones de Festellus y de Possidonius situaron el segundo signo I de los numerales VII y XII, para indicar el día del mes, por debajo de la línea del renglón (fig. 6-III).



Es frecuente en este taller el empleo de abreviaturas. Las de algunas palabras habitualmente repetidas en la mayor parte de las inscripciones pueden ser significativas; es el caso de *annos*, *Domini*, *Dei*, *die*, *famula*, la referencia al día del mes, esto es *kalendas*, *nonas* o *idus*, y la mención del mes. En lo que se refiere al término ANNOS en los primeros momentos es generalmente abreviado por suspensión mediante las letras ANN, con alguna variante como AN; también merece la pena constatar la inhabitual abreviatura por contracción ANS de la inscripción de Pierius del 507. ANN es una abreviatura mayoritaria, con la presencia en algún caso de la palabra completa sin abreviar, en el siglo V y en el primer tercio del VI. A partir del 525, la situación se invierte y lo habitual es escribir el vocablo con todas sus letras, aunque en algún caso reaparecerá la abreviatura.

²⁸ J. MALLON, "Pour une nouvelle critique des chiffres", p. 23.

La palabra DOMINI desde el comienzo presenta su abreviatura habitual DNI, aunque en algunas raras ocasiones se constata completa. Es Mértola uno de los talleres más antiguos donde se testimonia esta abreviatura, ya en el 514, pues en otras zonas no aparece hasta el último tercio del siglo VI²⁹, por los cinco casos que nos ofrece Mértola antes de los años centrales del siglo. Parece que es desde aquí desde donde se traslada a la Bética a finales del siglo VI para irradiar en el VII a otras localidades³⁰. Esta abreviatura parece ser uno de los elementos diferenciales del taller mirtilense en el siglo VI, después exportado hacia otras localidades. A partir del 566, se aprecia un cambio significativo consistente en abreviar DONI, según se observa en los epitafios que contienen dicha palabra datados en ese año y posteriores. De cualquier modo, no es posible ofrecer afirmaciones absolutas al respecto pues tan sólo son tres las inscripciones conservadas que portan dicha abreviatura. Es Mértola el único lugar en el que he localizado esta abreviatura. En otras zonas se ha constatado una similar añadiendo la M central, DOMNI. El ejemplar del 706 parece volver a la forma clásica de la abreviatura, DN, aunque sin la I final, caso único entre las inscripciones conocidas de la producción epigráfica hispana.

El término DEI se abrevia por contracción, DI, en todas las inscripciones situadas antes del 518. Desde ese momento hasta el 526 todos los epígrafes muestran la palabra completa. A partir de ese año reaparece la abreviatura y ambas formas se alternan ofreciendo un número de casos muy próximo. Desde el 537 la forma abreviada no es observada en las inscripciones mirtilenses, aunque en una correspondiente al 662 es utilizada de nuevo.

La palabra DIE comienza siendo escrita con todas sus letras. A partir del 489 mayoritariamente se abrevia con su sigla D. Sin embargo, a esa norma escapan algunas excepciones y en ciertas inscripciones, distribuidas irregularmente por todo el período, se escribió la palabra completa.

FAMVLA no se abrevia nunca antes del 528. A partir de dicho año se abreviará en alguna ocasión, generalmente FAM o FAML, aunque también conoce otras formas. De cualquier modo, la forma abreviada nunca conseguirá desplazar a la que no lo está, que seguirá predominando de modo claro, lo cual es habitual en el panorama epigráfico de época visigoda.

En lo que se refiere a la mención al día del mes, la palabra KALENDAS se abreviará generalmente por suspensión, KAL; mucho menos frecuente es KL y en

²⁹ Tan sólo hemos constatado una inscripción de consagración, sin data explícita, atribuida al siglo V, procedente de los Villares de la Artichuela (E. HÜBNER, *Inscriptorium Hispaniae Christianorum. Supplementum*, Berlín, 1900, 374; CIL II (2) 05, 715).

³⁰ J.Mª DE NAVASCUÉS, "La dedicación de la iglesia de Santa María", p. 333.

un único caso se ha visto CALN, abreviatura singular por lo escasa, sólo constatada hasta ahora en Mértola. En alguna ocasión aparece con todas sus letras, y quizá no sea casual que las tres inscripciones del 566 no la abrevien. El vocablo *Nonas* se escribe completo en el primer caso en el que aparece, correspondiente al 482, pero ya en el 489 se abrevia por suspensión mediante su sigla, N. Eso será lo frecuente a partir de entonces, con la presencia en algún caso de NON. En una ocasión se empleará la abreviatura por contracción NS, forma tan sólo observada en otra inscripción hispana, el reloj de San Pedro de la Nave³¹. El término *idus* es bastante escaso; únicamente ha sido verificado en cuatro inscripciones. Empieza siendo escrito, en el 470 y en el 502, con todas sus letras; en el 510 se abrevia por suspensión ID; y en el 706 por contracción IDS, forma hasta ahora sólo conocida en Mértola.

El nombre del mes comienza presentándose de forma completa. En el 502 ya se encuentra en abreviatura por suspensión, en este caso NOVEMB. Hasta el 518 en todos los casos está abreviado y a partir de ese año vuelve a ser consignado con todas sus letras. En el 537 se sitúa una inscripción que de nuevo abrevia el nombre del mes, hecho que se repite en el 544 y en el 556, aunque en este período, en el 546, hay una inscripción que escribe completo el mes, AGVSTAS. Desde el 566 hasta el 581 en todos los casos se prescinde de la abreviatura. De las cuatro últimas inscripciones datadas sólo dos permiten apreciar el nombre del mes y ambas lo abrevian; se sitúan en el 587 y en el 706. Es difícil saber si esta evolución está indicando algo o simplemente es fruto de la casualidad, aunque creo que sí puede mostrar ciertas tendencias de trabajo en determinadas épocas.

Como es lógico no son las anteriores las únicas abreviaturas existentes, pero quizá sí las más significativas, por ser las más repetidas y por mostrar algunas de ellas ciertas pautas de evolución cronológica que pudieran documentar los usos seguidos en el taller. Quiero mencionar también la abreviatura NI del posesivo N(ostr)I. Ya Navascués constató su rareza, pues sólo se conocen los epígrafes del presbítero Satirio, datado en el 489, el desaparecido de Afranius, del 706, y el emeritense de la dedicación de la iglesia de Santa María³². Mucho más común suele ser la forma N(o)S(tr)I.

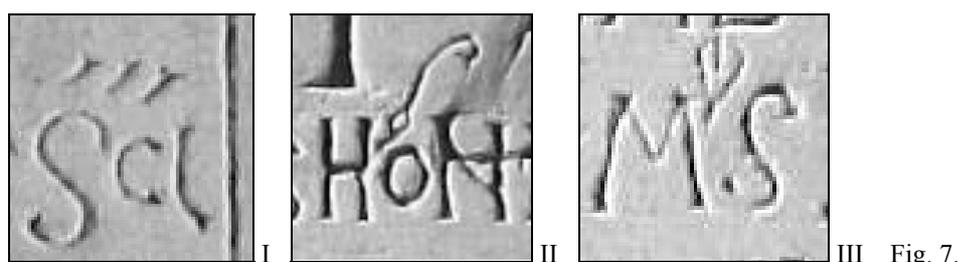
Los signos que indican la presencia de abreviatura son utilizados de manera metódica. Comúnmente consisten en la habitual rayita sobrepuesta o en un trazo diagonal cruzando la última letra o bien situado inmediatamente detrás de ella.

³¹ J.M^a DE NAVASCUÉS, "Nuevas inscripciones de San Pedro de la Nave (Zamora)", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XIII (1937), pp. 63-69. J. VIVES, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona, 1969, núm. 333.

³² J.M^a DE NAVASCUÉS, "La dedicación de la iglesia de Santa María y de todas las vírgenes de Mérida", p. 333. J. VIVES, *op. cit.*, núm. 548.

Este último signo es usado especialmente en las abreviaturas por suspensión en las palabras que conforman la data, aunque también aparece en alguna otra ocasión como en PRESB en las dos inscripciones en las que aparece.

Tres epígrafes presentan, en combinación con los signos habituales antes descritos, otros de carácter específico. En el de Pierius, del 507, el signo abreviativo en la palabra S(ae)C(u)L(o) viene dado por la presencia de tres sicílicos en forma de ápice o acento sobre las letras (fig. 7-I); ese signo se vuelve a utilizar en los vocablos K(a)L(endas) y F(e)BRVA(rias) en la parte superior del renglón inmediatamente a continuación de la letra detrás de la cual se dispone lo abreviado. En el epitafio de Aianes, del 524, se utilizan sendas *hederas* sobre las palabras HON(esta) y M(inu)S (figs. 7-II y III). Por último, la inscripción de Simplicius, del 537, vuelve a emplear la *hedera* como signo de abreviación, ahora en posición horizontal e inmediatamente a continuación de la palabra abreviada. Como vemos son usos aislados que poco pueden indicar.



III Fig. 7.

Resta únicamente por comentar el empleo de las interpunciones. Su uso es bastante anárquico, sin duda debido a la ya referida espontaneidad en el trazado de la escritura. De hecho son pocas las inscripciones que las utilizan y todas ellas se sitúan entre los años 470 y 537, aunque las conclusiones para los siglos VII y VIII, debido a la escasez de restos epigráficos, necesariamente han de ser provisionales.

Las formas constatadas son la clásica triangular, más o menos estilizada, y la no menos clásica *hedera*, observada ésta ya desde los primeros años del siglo VI, momento a partir del cual su predominio es evidente. Es curioso un fragmento de inscripción, datado en el 523, en el que al final de algunos renglones, los más cortos, se han situado unos trazos rectos en dirección diagonal, similares a los usados como signos abreviativos, cuyo objetivo parece ser llenar el espacio dejado en blanco por la escritura respecto a otros renglones más largos, seguramente con la intención de ofrecer un mayor cuidado y geometrismo en el resultado final (fig. 8).

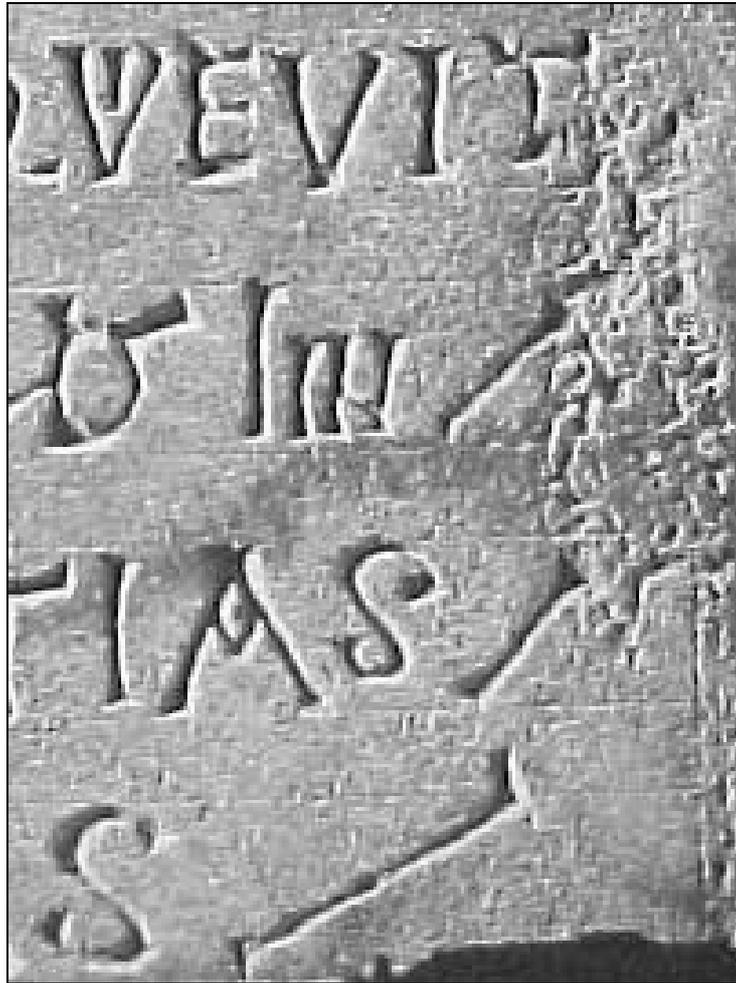


Fig. 8

Además de los elementos descritos puede ser de interés constatar la presencia de la cruz monogramática o de una cruz simple inicial en el texto en el mismo renglón que la escritura, lo que debe ser interpretado como una invocación. Se emplea la cruz monogramática de esta forma por primera vez en el año 537, en el epígrafe de Simplicius, con bastantes años de antelación a Mérida. Aunque es algo aún no generalizado en este grupo de inscripciones, no parece tampoco que sea un caso totalmente aislado, pues las de Amanda, del 544, de nuevo mediante el crismón, y Britto, ésta ya con cruz, del 546, vuelven a repetir el empleo de tal modo de invocación, usado nuevamente en el 587, manteniendo la cruz. Parece ser una tendencia que poco a poco se va generalizando en los epígrafes de Mértola, aunque lamentablemente para los siglos VII y VIII apenas poseemos datos por la escasez de testimonios, si bien el epitafio de Silbanus, del 662, porta la citada cruz justo delante del texto. Su presencia quizá pueda estar testimoniando la influencia de otros tipos documentales, especialmente las pizarras, en los que suele

ser habitual la llamada invocación monogramática, bien sea a través de un crismón o de una cruz³³. La evolución manifestada se adapta a lo observado en otras inscripciones de época visigoda, si bien adelantándose a lo general, por cuanto la presencia de la cruz comienza a finales del siglo VI y se consolida en el VII³⁴. En el presente grupo de inscripciones, con excepción de la de Silbanus, este tipo de signo, ya sea la cruz monogramática o la sencilla, no tiene tanto sentido, por cuanto la invocación ya viene dada por el elemento decorativo principal³⁵. La citada influencia viene a demostrar otra de las grandes verdades de los documentos escritos, demasiadas veces olvidada: todos ellos forman parte de un mismo contexto socio-cultural, son escritos por las mismas personas, y, por tanto, no pueden ser disociados en compartimentos estancos como si no tuviesen nada que ver unos con otros; sus diferencias únicamente residen en el diferente objetivo al que sirven.

Resta únicamente por comentar la presencia de un signo al final del texto de dos inscripciones. Se trata de la de Fistellus, datada en el 510, y de la de Fortunata, del 527. En el primer caso encontramos una cruz al final del último renglón, con las mismas dimensiones que el numeral con que concluye el escrito. En el segundo se trata de una cruz monogramática, con idéntica colocación y características. En ambos casos tales signos están ligeramente separados del texto. Resulta evidente que no es algo habitual en los escritos epigráficos, si bien es cierto que en alguna inscripción figura, también al final del texto, una *hedera*. Por citar algún ejemplo, en Mérida aparecen otros dos casos, los epitafios de Cyprianus³⁶ (521) y de Proclinus³⁷ (ss. IV-V), con una cruz monogramática y un ancla, respectivamente; también en un fragmento cordobés³⁸, con una cruz al final. Su finalidad no está clara y tal vez simplemente sea una manera de cerrar el texto, a modo de interpunción. Lo que sí parece claro es que estamos, una vez más, ante una influencia de otro tipo de documentación en los epígrafes, pues por forma y posición son perfectamente comparables a los signos de suscripción que aparecen en las pizarras y en otros documentos, como expresión de “la participación efectiva y voluntad del suscriptor”³⁹, si bien parece lógico pensar que aquí no tuviera valor validativo. El interés de lo expuesto es manifiesto pues se trata de una muestra más de la unidad de los textos escritos y de sus mutuas interinfluencias, independientemente de la

³³ Ver A. CANELLAS, *Diplomática hispano-visigoda*, Zaragoza, 1979, pp. 94-96, y I. VELÁZQUEZ SORIANO, pp. 62-63.

³⁴ J.M^a DE NAVASCUÉS, *La dedicación de San Juan de Baños*, p. 24.

³⁵ Ver J.DE SANTIAGO FERNÁNDEZ, art. cit.

³⁶ J.L. RAMÍREZ SÁDABA y P. MATEOS CRUZ, *op. cit.*, núm. 28.

³⁷ J.L. RAMÍREZ SÁDABA y P. MATEOS CRUZ, *op. cit.*, núm. 48.

³⁸ CIL II, 7, 685.

³⁹ A. CANELLAS LÓPEZ, *op. cit.*, p. 85.

materia en que estén escritos. Ya puso de manifiesto Fernández Flórez la existencia de diversas inscripciones que participan de las características y de algunas de las partes formales de ciertos tipos documentales. Bien es cierto que el citado autor, además de a las pizarras, se refiere fundamentalmente a inscripciones de consagración, tomando como ejemplo la de Mijangos, y a otra de dotación o construcción, la de la ermita de las santas Centola y Elena (Siero), las cuales podrían tener cierto valor jurídico como testimonio de la consagración o de la construcción/dotación de los citados templos, de ahí la presencia de la validación⁴⁰. El caso de los epígrafes sepulcrales aquí expuestos es diferente en el fondo, pero no tanto en la forma. Probablemente carezcan del valor validativo que aquellos asumen, pero formalmente la influencia documental es clara. Es posible que se trate de un uso de “un símbolo poco o mal comprendido, aunque se mantuviera la conciencia de un elemento de simbología cristiana”, como bien afirmó Velázquez Soriano refiriéndose a las invocaciones⁴¹. Su abundante empleo en la documentación pudo ser causa de un paulatino distanciamiento de su significado, lo cual explicaría su presencia en textos en los cuales no es preciso el signo de validación.

A través de dos artículos que analizan los elementos externos (materia, forma y escritura) del taller epigráfico de Mértola en época visigoda hemos intentado demostrar como su estudio metódico y comparativo permite, no sólo penetrar en el contexto sociocultural, según vimos en el artículo anterior, sino también conocer la evolución de estos documentos escritos que son los epígrafes. La escritura es reflejo de una sociedad determinada, pero al mismo tiempo, como consecuencia de la espontaneidad característica de la producción epigráfica postimperial, permite establecer unas particularidades evolutivas, lo cual se convierte en una magnífica herramienta para situar cronológicamente inscripciones sin data explícita o que, por avatares del destino, la han perdido. La evolución experimentada por la escritura con el correr de los tiempos hace de ella, de su aspecto externo, un elemento vital y un instrumento eficaz para la datación, lo cual queda ampliamente demostrado en este trabajo.

⁴⁰ J.A. FERNÁNDEZ FLÓREZ, *op. cit.*, pp. 21-46.

⁴¹ I. VELÁZQUEZ SORIANO, *op. cit.*, p. 62.

LÁM. I

	482	489	494	503	507	510	512
A	AAA A A	AAA	AAAAAA	AA	AA	AA	AAA
B		BB		B	B	B	B
C	CC	C	C	C	CC	C	C
D	DD	DD	D@	DDDD	DD@	DD@	DDDD
E	E	E	EFE	EEE	EE	EE	E
F			F		F	F	
G							G
H		H				H	
I	II	II	II	I	I	I	I
K		K	K		K	K	K
L			LL	L	LLL	LL2	LL
M		MMM	MM	M	M	M	M
N	N	NNN	NN	NNN	N	N	NN
O	O	OO	O	O			O
P		P	PP	P	PP	P	PPP
Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	QQ
R	R	RRRRR	RR	RRR	RRRT	R	RRR
S	S	SSS	SS	SS	SSS	SSS	SS
T	T T	T	T	T	T	T	T
V	V	V	V	V	VVV	VVV	V
X	X	XXX	XX	XX	X	XXXX	X

LÁM. II

	514	518	521?	523	524	524	525
A	A	AAAAAA	AA	AA	AA	AAAAAAA	AAAAAAA
B		B	B		BB		B
C	C	C	C	C		C	CC
D	DD	DD	DD	DD	DDDD	DDDD	DD
E	EE	E	E	E	EEEE	EEEE	EE
F		F	F		F	FF	F
G							
H						H	
I		I	I	I	I	I	I
K		K					K
L	L	LLL	LLL	L	LLL	LLL	LLL
M		MM	MM	M	M	MM	M
N	NN	NN	N	N	NNN	NNNNNN	NNNN
O	O	O	O			OOO	O
P	P	PP	PP		PP	PP	PP
Q	Q	Q	Q	Q		Q	Q
R	R	RRRR	RRRR	R	R	RR	RRRRRRR
S	SS	S	SS	SS	SSSTR	SSSS	SSSS
T	T	T	T	T	T	T	T
V	VV	VV	VVVV	V	VVV	VVVVV	VVV
X	X	XX	XX	XX	X	XZ	XX

LÁM. III

	525	526	527	528	529	537	544
A	AAATIAA	A	AAAAAAA	AAΔ	AAA	AAAAAA	AAAAAA
B		B			B	BBb	B
C	C	C	CC		C	CCc	C
D	DDDDO	DDO	DDDDDDO	DDO	DDDDO	DDDDDDO	DDA
E	E	E	EEEE	E	EEE	EEEE	E
F	F		FFFF	F	F	FF	F
G							
H			H				
I	I	I	I	I	I	I	I
K	K	K	K		K	KK	
L	LL	LLL	LLLLL	LLI	LLL	LLL	LI
M	M	M	MMMMM	M	M	MM	MMMMM
N	NN	N	NNNNN	N	NN	NNNNN	NNN
O	OO	O	OOOO		O	O	O
P	PP	P	PPP	P	P	PPPPP	P
Q			QQ		Q	QQQQ	Q
R	RRR	R	RRRk	RR	RRR	RRRRR	RRR
S	SSS	SS	SSSSSS	S	SSS	SSSS	SS
T	T	T	T	T	T	TT	T
V	VVV	PV	VVVV	VV	VVVVV	VV	VVV
X	XX	XXX	XXX	XXX	XX	XXXXX	XXX

LÁM. IV

	546	556	566	571	587
A	AAAAA	AA	AAAAAAAAAAAAAAA	AAAAA	AAA
B	BB	B	B	B	B
C	C	CC	CCCCCCCC	C	C
D	DDO	DDO	DDDDDDDDDDDD	DDO	DO
E	EE	E	EEF	E	E
F		F	FEFF	F	FF
G	G			G	G
H			H		
I	I	I	TI	I	I
K		K	KK		K
L	L	L	LLL	L2	LLL
M		MM	MMMMMMMMMM	M	MM
N	N	NNH	NNNNNN	NNNN	N
O	O	OO	OOODO	O	O
P	PP	P	PPP	P	PP
Q	Q	Q	QQQ	Q	Q
R	RR	RR	RRRRRRRRRR	RR	RR
S	SSSSS	SS	SSSSSSSS	SSS	S
T	T	T	TT	TT	
V	V	VVVV	VVVVV	VV	VV
X	XX	X	XXXX	XX	XX

LÁM. V

	627	662	706
A	Λ A	Λ Π Λ Π	A
B		Β	B
C			ϸ
D	Δ	Δ Δ	Δ Δ Δ
E	Ε Ε	Ε	Ε
F	Ϝ	Ε Ε Ε	Ϝ Ϝ
G		Ϛ	
H			Η
I	Ι	Ι	Ι
K			
L	Λ Λ	Χ Χ	Λ
M		Μ Μ Μ	Μ
N	Ν	Ν Ν Ν Χ	Ν
O	Ο	Ο Ο	
P	Ρ	Ρ	Ρ Ρ
Q			
R	Ρ Ρ	Ρ	Ρ Ρ Ρ
S	Σ Σ	Σ Σ Σ Σ	Σ Σ
T	Τ	Τ Τ	Τ
V	Υ	Υ Υ Υ Υ	Υ Υ
X	Χ Χ	Χ	Χ Χ

LÁM. VI⁴²

AM.		(529)		
AN.		(503, 528)		(529)
CE.		(587, 706)		
CI.		(537)		
DI.		(528)		(524)
ER.		(507)		(514)
FE.		(529)		
MA.		(521, 544)		(544)
ME.		(662)		

⁴² Los números entre paréntesis se refieren a los años en los que han sido constatados los enlaces o letras encajadas en cuestión.

LÁM. VII

ML.		(503)	
MV.		(527, 662)	 (556)
ND.		(544)	
NE.		(524)	
NN.		(544)	
NP.		(544)	
NT.		(556)	 (512)
ONT.		(510)	
PA.		(503)	 (514)
QI		(529)	

LÁM. VIII

QV.  (528)  (544)

QVI.  (503)

RA.  (494, 527)  (544)  (587)  (706)

RE.  (512)

RV.  (529)

TE.  (512, 662)

TR.  (512)

VA.  (507)  (512)

VE.  (514)

VEM.  (503)

LAM. IX

VI.  (494, 503, 512, 514, 521, 527, 528, 537, 587)  (528)

VIE.  (514)

VT.  (527)

XL.  (503)  (507, 526, 556, 571)  (510)

XX.  (482, 524)